

**Semblanzas del
Movimiento**

Las figuras de nuestro Movimiento Salvador tienen tan acusados relieves y perfiles tan definidos, que, por sus hechos, su significación y sus gestas, encarnan la esencia eterna de nuestros valores raciales: el heroísmo, la decisión, la voluntad, el talento sereno, la exaltación mística, la capacidad creadora el sacrificio, el ardor combativo.

José Antonio es la voz profética de la España nueva; Raimundo Ledesma, el impulso y la acción; Onésimo Redondo, el Caudillo místico; Franco, el genio militar; Calvo Sotelo, el estadista por excelencia; Mola, el Gran Capitán de la Cruzada; Varela, el valor y la disciplina castrense; Queipo de Llano, la audacia; Aranda, la inteligencia y el heroísmo; Moscardó, el patriotismo y la abnegación; el capitán Cortés, la epopeya y el temple de acero de la raza.

José Antonio, Franco, Ledesma Ramos, Calvo Sotelo, Mola, Onésimo Redondo, el capitán Cortés y tantos otros héroes, conocidos o anónimos, son como el símbolo de esa España forjada en el duro yunque de las guerras; curtida en el polvo de las batallas; resurgida cien veces de entre sus cenizas; vencedora y vencida; con perfiles de piel de toro ibérico; valiente y heroica; conquistadora y guerrera; colonizadora y fecunda.

España, desde los tiempos más remotos, se bate en su solar hispano contra todos los elementos de la invasión, defendiendo a sangre y fuego la esencia de su personalidad indestructible; y así como Núñez de Balboa, Hernán Cortés, Pizarro y Alvarado escriben con sus gestas, en el Nuevo Continente, la historia gigante de su conquista fabulosa, forjando el Imperio más vasto del mundo, llegado el momento crítico de la revolución, en el que España tiene que escoger entre ser o no ser, se reproduce el valor indomable de la raza y el milagro de su resurrección tiene lugar una vez más.

Las hazañas más inauditas se repiten en la nueva Cruzada, y demuestran que el filón heroico de la raza es cantera inagotable de hechos sobrehumanos.

Tal es el caso de aquel cabo que, al perder su brazo izquierdo en pleno combate, segado por la metralla, aún tiene el valor de

enarbolarlo, animando a sus soldados; tal el caso del comandante Montero, frente a «Peña Aholo», dirigiendo, en vanguardia, su asalto, con una pierna paralítica; tal el del soldado Alemán Ramírez, que, defendiendo su posición, cae cegado por la metralla y vuelve a ocupar su puesto, hecha ya noche eterna la luz de sus ojos...

Pero busquemos el origen de nuestra guerra y la significación de nuestro Movimiento.

La revolución, que había de colocar a España en la pendiente de su negación definitiva, no era, lógicamente, una manifestación que se produjo espontánea, sino el fruto de una elaboración lenta, de siglos, promovida por el desarrollo y la propagación del liberalismo.

Desde «La Carta Magna», otorgada a los nobles ingleses por Juan Sin Tierra, hasta nuestros días, la idea liberal va extendiéndose rápidamente por Europa y acabó por arraigar en el mundo. Su triunfo —que equivale a la implantación del parlamentarismo— es el origen de la democracia, cuya consecuencia inevitable es la demagogia.

«El parlamentarismo —decía Donoso Cortés, proféticamente— muere, dejando a la sociedad en manos de la revolución o de la dictadura». No hay otra salida posible. La historia de la última centuria española, es una demostración elocuente de este aserto; y sólo cuando un período anárquico se sustituye por otro autoritario y justiciero, puede detenerse a un país en su carrera hacia el abismo.

Si volvemos los ojos a nuestro pasado, encontraremos que los hechos nos dan la razón.

El período histórico que precede a la grandeza imperial de España, tiene tantos caracteres de semejanza, tantos puntos de contacto con el que antecedió a nuestra guerra, que los historiadores, no sin motivo, han hecho hincapié sobre las analogías de una y otra época.

En Castilla se dejaba sentir entonces la necesidad angustiosa de una autoridad, de una fuerza y de un poder, del que no supieron hacer uso, con la entereza necesaria, ni Don Juan II ni su hijo Enrique IV. El cuadro que se ofrecía a los ojos de Isabel y Fernando, no podía ser más desconsolador: «el Rey, envilecido; los clérigos, des-

honestos; los nobles, rapaces. En nadie, una idea alta; en nadie, un sueño levantado». (1).

Y he aquí que, por reacción contra todo ello, la Reina Católica, «que llevaba en su sangre el sentimiento de la dignidad humana y de la responsabilidad regia», va a marcar el rumbo de la nueva vida en todos los órdenes. Un tono austero presidirá ya sus actos; y esa austeridad se hará patente en la reforma de las costumbres de la Corte, en el sometimiento de la nobleza levantisca, en las normas reveras y enérgicas que se dictan al clero y, en general, en todos los aspectos, consiguiendo hacer, además, como observa el Marqués de Lozoya, «de una pluralidad política, una unidad esencial».

Pues bien; ese mismo estado caótico es el que precede también a nuestro Alzamiento; ese mismo estado de rebelión continua y de anarquía constante, consecuencia del liberalismo, es el que sume a España en las tinieblas y la sitúa al borde del abismo; esa postura iconoclasta y suicida; esa actitud despreciativa e ignorante hacia todo lo nuestro; «esa espantosa liquidación de nuestro pasado», como escribe Menéndez y Pelayo, en la que «se escarnece a cada momento la sombra de nuestros progenitores y se reniega de cuanto en la Historia nos hizo grandes»; ese volver la espalda a nuestra tradición, negando nuestras virtudes y nuestros valores; esa transigencia liberal, funesta, que hace propicio el ambiente para el libre desarrollo de todas las teorías y todos los «ismos», favorecen el fomento de la revolución y promueven la subversión de las masas; esa política, en fin, bochornosa y caduca, hace que los propios españoles faciliten, con sus divisiones y sus odios internos, los manejos de ciertas potencias extranjeras, empeñadas en destruir la unidad española, de la misma manera que contribuyeron a la destrucción de nuestro Imperio.

El separatismo es la expresión más clara y definida de esos propósitos, que pretendían retrotraer nuevamente a España «al cantonalismo de los arevacos», en frase de Menéndez y Pelayo, y la au-

(1) «Orígenes del Imperio», Marqués de Lozoya.

tonomía concedida a Cataluña, primero, y, más tarde, a Vasconia, son las manifestaciones iniciales del desmembramiento de la Patria; del desgajamiento de aquella nacionalidad, lograda con tanto esfuerzo y constancia por el genio político de los Reyes Católicos.

Pero mientras España declinaba, vencida sin lucha, abandonada a su suerte, un puñado de hombres se disponen a dar la batalla: Ramiro Ledesma es el precursor; José Antonio, el profeta; Calvo Sotelo, el vidente, que hace vibrar con sus discursos las fibras del patriotismo, soterrado a lo largo de tantas generaciones, y Franco, el Caudillo de España y de la Victoria.

RAFAEL NARBONA